

Adan Kovacsics

Invitación a la casona

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2026

© Adan Kovacsics, 2026

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2026**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-129747-5-1

Depósito legal: B 1736-2026

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez

Impresión y encuadernación: Ulzama Digital

Polígono Industrial Areta, calle 33 - 31620 Huarte

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

A Blai, para cuando sea grande

Venía Bodo caminando alegremente, moviendo los brazos a un ritmo regular y majestuoso y también las piernas al mismo compás yámbico y resuelto, respirando contento la dulce fragancia de los abetos que bordeaban el camino, volviendo la cabeza hacia un lado, donde se alzaban las montañas verdes, serenas e inmutables, y hacia el otro, donde jugueteaba un río locuaz y repetitivo, y así llevaba un buen rato, pues había salido a primera hora de la farmacia en la que trabajaba, cuando vio en medio de la carretera a una joven que agitaba los brazos con desesperación, como las aspas de un molino, con los pies apoyados con firmeza en el suelo. Se acercó Bodo a la joven, que no se movía de su sitio, cual si no lo viese, con los ojos mirando intensamente hacia dentro, tanto que parecía ciega, hasta que se detuvo a dos pasos de ella.

Fue entonces cuando la joven se manifestó. Pidió ayuda: su padre, dijo, acababa de sufrir un derrame

cerebral y se hallaba en una casona situada no lejos, según ella, de la carretera. Bodo, como empleado que era de una farmacia y conocedor por tanto, aunque fuese de forma más bien mediata, pues trabajaba en la rebotica preparando medicamentos, de los males, trastornos y enfermedades que se adueñan del ser humano y le hacen patente su fragilidad y, además, por un propósito muy profundo que albergaba, se mostró, claro está, dispuesto a prestar ayuda a la joven, de modo que la siguió por un sendero flanqueado por relucientes viñas, ya que acababa de salir el sol tras una copiosa lluvia primaveral, y no tardaron en llegar a un edificio de dimensiones considerables. Ella cogió con mano firme una imponente llave que llevaba colgada del cinturón que le ceñía la larga falda de color beige y abrió el portón que los introdujo en un amplio vestíbulo con un entarimado de madera oscura y con un mostrador desierto al fondo y rodeado en el primer piso por una balaustrada, una especie de balconada, en la que Bodo vio a algunas personas que los miraron a ambos, tanto a él como a ella, con cierta indiferencia. La joven le pidió que por favor esperara; ella pronto volvería, dijo, y lo conduciría a la habitación en la que se hallaba su padre.

Tuvo Bodo tiempo para mirar alrededor y preguntarse incluso cómo había ido a parar allí. Paseaba él a menudo por los parajes de los alrededores de la farmacia, contemplaba sentado en un cómodo

banco facilitado por los dignos y nobles señores del ayuntamiento de la ciudad los montes que después de las lluvias se divisaban con una claridad pasmosa y divina, a tal punto que, exagerando un poco desde luego, se llegaba a ver incluso a un diligente escarabajo que a lo lejos cruzaba un amable sendero. Y conversaba con los animales, con los corzos, con los zorros, con los gatos, con algún roedor, con los pájaros, con los perros callejeros. La semana anterior, por ejemplo, con un mirlo.

¿Está ya listo el gel de lidocaína para la señora Irrmann?, preguntó ese día con su voz aflautada el dueño de la farmacia, el señor Kahle.

No, respondió desde la rebotica Bodo, porque me falta el glicerol.

A lo cual intervino una de las empleadas, la señorita Fangl, que estaba al tanto de todo, diciendo que esa misma tarde traerían este compuesto tan necesario para la elaboración del gel.

¡El señor Kahle ha cambiado de suministrador!, añadió la empleada con tono de reproche y a voz en cuello en presencia del farmacéutico, que permanecía en silencio detrás del mostrador, al lado de ella, una mujer alta, huesuda, de nariz aguileña y pelo rizado en el que asomaban ya las canas.

Bodo estaba en ese preciso momento elaborando un jarabe de ipecacuana que había pedido la misma cliente, la siempre esmerada señora Irrmann, para su

hijo. El señor Kahle se fiaba en sumo grado de Bodo, un joven responsable, conocedor de las fórmulas magistrales, incluidas las destinadas a animales, pues acudían a la farmacia también muchos dueños de perros y gatos y también granjeros de las inmediaciones.

Acto seguido, la señorita Fangl, desde su puesto detrás del mostrador, explicó a grito pelado sus vacaciones a Bodo, que continuaba atrás, sin moverse de la rebotica, y le habló de las ostras que había comido en una región de Francia.

Al señor Kahle le gustaba saber a Bodo en la rebotica. Cuando pensaba a Bodo en la rebotica una sonrisa se dibujaba en su rostro, la sonrisa de satisfacción que provoca todo progreso. Porque, además, el joven dormía en un cuarto diminuto situado detrás, que era, según el señor Kahle, el sitio ideal para prepararse debidamente para la vida, para no tener la cabeza a pájaros, decía, un cuarto minúsculo sin apenas muebles ni familiares adornos. Lo que había eran frascos y potes de farmacia sobre una repisa, además de la cama, con un colchón, como era lógico, duro. El señor Kahle estaba obsesionado con que Bodo consolidara y mejorara sus conocimientos como auxiliar de farmacia, a pesar de que el joven era ya perfectamente conocedor del polvo de ajo, del aloe, de la cáscara sagrada, de la hoja de gayuba, del aceite de ricino virgen, de la cera blanca de

abeja y de más y más plantas y sustancias utilizadas en la medicina. La cáscara sagrada, curiosamente, le hacía pensar en sus padres, de los que, en realidad, no tenía memoria, pues habían muerto en un accidente de automóvil cuando apenas tenía él dos años, de modo que fue a partir de entonces acogido y tutelado precisamente por el bueno del señor Kahle.

A veces, sin embargo, el señor Kahle se ausentaba, debía atender asuntos de calado relacionados con el negocio, acudir, por ejemplo, al despacho del consejero Tischner, un hombre obeso, de barba blanca, poblada y descuidada, de respiración audible y parsimoniosa, dueño de la empresa distribuidora Pharmacom que le suministraba los específicos, para negociar un crédito o una rebaja, y él regresaba alicaído a la farmacia. Y Bodo aprovechaba las ausencias del señor Kahle para huir de la rebotica y del espacio pequeño y oscuro que era su vivienda.

Cuando salía de aquel establecimiento situado en un plácido barrio periférico enseguida se dirigía a las afueras, donde percibía menos su soledad que en el centro de la urbe. Allí, el tráfago de los hombres sudorosos y de los coches veloces, rojos, azules, amarillos y blancos que parecían participar en una carrera, todo, todo sugería implacable su inmensa soledad, y qué decir de las melancólicas y cosquilleantes luces de la rútila noche las pocas veces que las veía. Evitaba también los barrios residenciales, sobre todo

uno, en el que residía su hermano mayor Norbert, que poseía una empresa de colocación de parquets, un chalet, dos coches y una familia y, además, hablaba francés. Así como su hermano Norbert había hecho grandes progresos en la vida, había desarrollado una carrera y trabajaba en un moderno edificio acristalado y también en el ámbito amoroso había logrado grandes avances, Bodo, más comedido, más reservado, más tímido, no podía presentar tales éxitos naturales.

El caminante es en general un hombre alegre, mas lleva dentro un poso de tristeza, porque no puede hacer el bien. Pervive en él por tanto un estrato profundo de melancolía como esas capas de la tierra sobre las que se asientan los seres efímeros, las plantas, los animales, los humanos. Bien era cierto que desde allá en la rebotica Bodo ayudaba a curar al hijo de la señora Irrmann o a las vacas del granjero Treufuss, pero no lo hacía de forma directa, que era su deseo loco. No era para él lo mismo comunicarse desde lejos o de forma mediata con las personas a las que ayudaba que hablar personalmente con alguien, cara a cara, mirándose a los ojos, tocándose las manos. Pero el señor Kahle procuraba por todos los medios evitar que entrara en contacto con la clientela, pues lo consideraba una distracción que podía desviarlo del camino del progreso. De ahí que Bodo viera en la invitación de la joven de la carretera a

ayudar al señor que había sufrido el derrame cerebral una posibilidad providencial de hacer directamente el bien.

Le venía ese deseo, además, porque tantas veces había hablado con los animales, con los corzos, con los zorros, con los gatos, con algún roedor, con los pájaros, con los perros callejeros en sus paseos por los alrededores. La semana anterior, por ejemplo, con un mirlo. Y le dijo el mirlo:

Curioso y veleidoso testigo que atónito prima mi melódico torrente, estatua, una más, entre mármoles trágicos y silentes que no entienden mi rítmica clave, te veo y continuo indiferente mi engañoso canto, mi risueña melodía que aleja a los incautos que pretenden acercarse a mi tesoro de apetitosos gusanos. Antaño habitante de tupidos bosques, esquivo amigo de la oscuridad, de ramas vetustas y de límpidas y agujarradas orillas donde hacía sonar mis clarines y clamores para circunscribir mis exclusivas regiones y convocar a la taciturna y ensoñadora con un trino heroico, ahora resido en sotos y jardines, en trémulos parques de dulces sombras a comienzos de verano, cuando el sol se entromete en la fresca fronda y cristaliza las copas de los árboles, resido en sotos y jardines, en trémulos parques donde todo ruido es para mí silencio y donde hago sonar mi sonora rapsodia entre estatuas con enormes zapatillas de deporte. Mi clásica secuencia de graves y esdrú-

julas canto al amanecer, mi ritmo sincopado hago llegar al aire preñado de horripilantes nuevas sobre pavorosas guerras y pánicas huidas que los mármoles aun así escuchan, prestándoles más atención que a mi vibrante oratoria.

No atino a decidir, continuó el mirlo, si son molitivas saudades o indómitas alegrías las que lanzo en espirales a la lenta naturaleza cuyas cóleras ancestrales rehúyo mas no temo pues es mi voluntad maravillosa seguir emitiendo entre susurros de hojas entretejidas mis recetas para mis congéneres, como hacen las señoras cuando apoyan manos y codos en el borde de la piscina y se explican unas a otras fórmulas varias para los almuerzos y las cenas en sus casas.

Bodo escuchó encantado las sonoras palabras del mirlo. Tan hechizado estaba que le preguntó:

¿Cómo podría yo devenir un mirlo?

Y el mirlo le respondió:

No puedes. Escrito estaba en las tablas del universo que yo sería mirlo y tú, hombre. No es cosa de tu voluntad, de tu decisión. La única fórmula sería desprenderte de toda voluntad. Pero tampoco serviría porque te faltaría entonces la voluntad del mirlo. Sólo te diré, pues, una cosa: sé un hombre y haz el bien. Sé mi héroe, dijo el mirlo.

No era la primera vez que el auxiliar de farmacia escuchaba estas palabras, pues un mes antes aproximadamente, en una de sus caminatas aprovechando

la ausencia del señor Kahle, había ido a parar a una granja y se había detenido allí ante un cercado que albergaba algunas vacas, algunos caballos, algunas cabras y ovejas, así como algunos burros. Y uno de los burros le habló, mostrándole una reluciente hilera de dientes amarillos:

No sabría yo decirte a cuántos inmortales he llevado sobre mi lomo, a cuántos por el camino de la iniciación. Muestro los dientes amarillos y río, río más profundo que los humanos, con los que, con ellos auestas, he cruzado el torrente de la muerte y a los que he mostrado el averno para devolverlos luego a la vida. Y cómo rompo yo el día con mi vocerío clamoroso alejado de toda melancolía, con el canto para mí maravilloso y para otros monótono y tedioso que interrumpe la virginal secuencia del alba para que comience la danza, comiencen los rituales afanosos, para que vayan y vengan los hombres con los cubos de agua y sacos de heno y de cebada y circulen las vistosas máquinas con sus células invisibles del deterioro y la decadencia, para que bajen la cabeza los espíritus serviles y empiecen sus murmullos y maledicencias, para que den órdenes al vacío los paladines y gesticulen sin idea ni ciencia, y yo lo vea desde mi humilde morada. Y les pongo mi risa como orejas de burro a sus sienes inanes para multiplicar la hilaridad en boticas, en despachos, en fábricas y universidades.